Miércoles, 24 de febrero 2016

La decadencia y caída de Hillary Clinton

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2016/02/the-decline-and-fall-of-hillary-clinton.html

En los últimos quince días en la política estadounidense ha producido una interesante confirmación de algunos de los principales temas discutidos en este blog. Por lo demás, estas dos semanas no habrían sorprendido nada a uno de los pensadores cuyo trabajo ha guiado estos ensayos, el filósofo de la historia Oswald Spengler. Me imagino muy fácilmente como el rostro de Spengler hace muecas de diversión momentánea mientras contempla las muy distintas expectativas de destino temporal en los dos candidatos a la presidencia de Estados Unidos que todo el mundo preveía hace un año, Jeb Bush y Hillary Clinton.

Bush es en cierto modo el ejemplo perfecto para el tema que tengo en mente en este momento. Cuando lanzó su campaña el año pasado, era una copia perfecta de las exitosas campañas presidenciales de los últimos tres decenios. Consiguió el apoyo de un montón de patrocinadores de mucho dinero; reunió a un equipo de escritores fantasmas, asesores políticos, y vendedores de puerta a puerta para ejecutar su campaña; contrató a una empresa de relaciones públicas para diseñar un logotipo molón; adquirió soltura en el tipo de retórica vacía que suena significativa siempre y cuando uno no se pare a pensar en ello durante un par de minutos; dio su opinión sobre algunos pocos temas candentes, aplicando la manida sabiduría convencional sobre cualquier tipo de asunto, y se dispuso a convencer a los votantes de ser el menos malo de los candidatos.

Ese tipo de campaña vacía de contenido es lo que encumbró a a George Bush padre, Bill Clinton, George Bush II y a Barack Obama en la lista de los presidentes de Estados Unidos. Sin embargo, lo único que ha conseguido Jeb Bush ha sido una serie de derrotas humillantes. Algunos han sugerido que su lloroso abandono de la carrera tras las primarias de Carolina del Sur fue el acto de un niño, a quien su padre le había prometido una brillante presidencia para luego descubrir que los votantes medios no se la darían. Creo, sin embargo, que fue mucho más que eso. Creo que Bush acababa de darse cuenta, para su sorpresa y horror, de que las reglas del juego habían cambiado para él sin previo aviso, y todas aquellas personas informadas y con buenos contactos que le habían señalado la ruta que lo llevaría a la presidencia, básicamente, le habían tomado el pelo.

En todo caso, sin embargo, la campaña de Hillary Clinton ofrece una visión aún más clara del corazón supurante del proceso político estadounidense. Ella hizo exactamente las mismas cosas que Jeb —es indicativo de que ambos pusieran sus nombres de pila en sus igualmente banales logotipos de campaña—. Ella también logró (al contrario que Jeff Bush) obtener un sólido apoyo de los apparatchiks de su partido antes empezar la campaña. Por las reglas ordinarias de la política de Estados Unidos, las primarias deberían haber sido un paseo hasta la convención demócrata (mientras Jeff Bush se desangraba en una lucha contra sus oponentes) para más tarde llegar a las elecciones con montañas de dinero para saturar las ondas con un diluvio de anuncios diseñados para convencer al pueblo estadounidense de que cuatro años bajo su liderazgo serían muy ligeramente menos desastrosos que cuatro años bajo Bush.

Esta vez, sin embargo, las reglas han cambiado. Clinton se enfrenta a un desafío, una persona enérgica ajena al partido, Bernie Sanders. Aunque sigue siendo probable que Clinton consiga la nominación —que, gran ironía, en estos momentos el procedimiento de nominación en el Partido Demócrata es significativamente menos democrático que la del Viejo Gran Partido— lo que está muy claro en este punto que ella no va a conseguirlo sin una lucha encarnizada. Por otra parte, si consigue la nominación, en lugar de enfrentarse en una carrera sin interés a otro fofo candidato al que podría ganar con un pequeño bombardeo de anuncios, ella va a enfrentarse a Donald Trump, cuya popularidad se dispara con cada denuncia petulante los expertos de las clases privilegiadas lanzan contra en él. La bronca campaña que se avecina, del estilo de “no-hacer-prisioneros” es exactamente el tipo de desafío que ni Clinton ni su equipo de campaña han mostrado la menor capacidad de manejar (lo previsto era simplemente ofrecer a los electores elegir entre el ligeramente menor de dos males).

Por supuesto, Clinton en su comportamiento al afrontar la campaña ha metido escandalosamente. Ella muestra un caso patológico de un tipo especial de ceguera mental que denominé en un post de hace tiempo "la ilusión del control", la noción —tan generalizada como absurda— de que cuando un miembro de la clase privilegiada de los Estados Unidos hace algo, el resto del universo está obligado a responder de una manera totalmente pasiva, totalmente mecánica. Para un ejemplo de primera clase, vean la forma en que los asesores de campaña de Clinton simplemente ponen los ojos en blanco cada vez que se enteran de que la mayoría de los estadounidenses detestan a su candidato, e intentan volver a presentárnosla una y otra vez, como si pensaran que con solo darle al botón de reinicio en la maquinaria de campaña todo vuelve a empezar de nuevo.

Por lo demás, la propia actitud de Clinton durante la campaña hasta el momento me recuerda vivamente a lo que sucede cuando alguien pone dinero en una máquina expendedora averiada. Ella ha echado el dinero y ha pulsado el botón adecuado, pero el producto deseado no cae en la bandeja inferior, donde ella puede agarrarlo. Así, aporrea el botón una y otra vez, y grita desaforadamente porque no ha salido la cosa por la que ha pagado. Sinceramente, no creo que ella, ni por un momento, haya considerado la posibilidad de que los votantes no son simplemente una pasiva masa mecánica que la colocará en la presidencia con tan solo manipularlos de la manera correcta. Dudo que ni en sueños haya pensado que el pueblo estadounidense puede decidir y emitir su voto a favor de sus propios intereses y no a favor de los de Hillary Clinton.

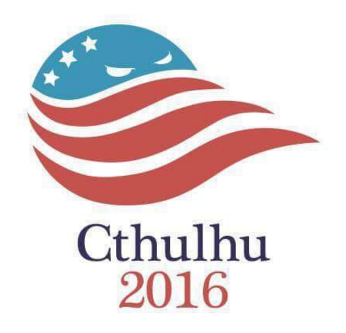
Ese análisis me parece razonable por una gran variedad de razones. Una de ellas (y no menor) es la forma en que los partidarios de Clinton entre su propia subcategoría de clases y de género han exigido a todas las mujeres estadounidenses que respalden la campaña de Clinton. Estoy pensando sobre todo en Madeleine Albright, quien fue noticia hace poco con una airada declaración pública insistiendo en que "hay un lugar especial en el infierno para las mujeres que no ayudan a otras mujeres." Eso es un lugar común entre las muy bien remuneradas feministas de la segunda ola[1]. Se ha convertido en polémica, y por buenas razones, entre otras muchas feministas, sobre todo entre las feministas de color y feministas de clase media-baja. Si las escucha con una cierta atención, verá cómo se sienten, como saben a ciencia cierta que no pueden esperar ninguna ayuda de esas mujeres ricas e influyentes como Madeleine Albright para luchar por sus objetivos, saben perfectamente bien que no se les devolverá el favor en nada relevante.

Después de todo, ¿qué puede ofrecer Clinton a la mayoría de las mujeres estadounidenses, aparte de la emoción de tener un presidente con vagina? Las políticas económicas que Clinton defiende — el consenso bipartidista actual, del que no muestra signos de apartarse ni un milímetro— ya ha traído la pobreza y la miseria a millones de mujeres estadounidenses que no tienen la suerte de compartir su existencia privilegiada y sus más que suficientes ingresos. Su etapa política como Secretario de Estado estuvo marcada por la clase concreta de intervenciones torpes y chapuceras en lejanos países que los Demócratas de otros tiempos solían repudiar: intervenciones, tenga en cuenta, que ya han causado cientos de miles de muertos en Siria , Libia, y en otros lugares, y que podría —sobre todo si Clinton mantiene las mismas actitudes en la Casa blanca— acabar dando a un buen número de mujeres estadounidenses la experiencia de ver a sus hijos volver de otra guerra (brutal y sin sentido en Oriente Medio) a casa en bolsas de plástico.

La reacción pública a la pataleta de Albright es en muchos aspectos tan instructiva como la propia rabieta. Un gran número de mujeres estadounidenses simplemente hacen caso omiso. En general, no importa la furia con que Clinton y sus publicistas aporrean los botones de la máquina expendedora tratando de provocar la mecánica respuesta que piensan que debería de producirse, los votantes no están siguiendo el mensaje como borregos. Trump y Sanders, cada uno a su manera, han demostrado a demasiada gente que es posible esperar en algo más que un escenario intolerable de indolencia porque

[1] N. el T.: La Segunda Ola Feminista, del Movimiento de la Mujer o de liberación de la mujer en Estados Unidos hace referencia un período de actividad feminista que comienza a principios de la década de 1960 y dura hasta finales de la década de 1970. Así como la primera ola del feminismo se enfocaba principalmente en la superación de los obstáculos legales (de jure) a la igualdad (sufragio femenino, derechos de propiedad, etc.), la segunda ola tenía una amplia variedad de temas, como la desigualdad no-oficial (de facto), la sexualidad, la familia, el lugar de trabajo y quizá de forma más controvertida, los derechos en la reproducción. Intentó añadir una enmienda de igualdad de derechos a la constitución de Estados Unidos. Más información en Wikipedia.

toda la vida ha sido así. Con sus candidaturas, un gran número de votantes han decidido que ya no están dispuestos a votar por el mal menor.



Eso es un punto de cierta importancia. En mi opinión, está lejos de ser casual que durante las últimas décadas, cada elección presidencial en los EE.UU. haya sido animada por pegatinas pidiendo a los votantes el apoyo a las ambiciones presidenciales de Cthulhu (el horror primigenio, el dios ominoso con tentáculos de los cuentos de terror cósmico de H. P. Lovecraft). Siento decir que la campaña del antiguo dios se enfrenta a un gran desafío constitucional, ya que se originó en el mundo de Vhoorl en la vigésima tercera nebulosa y actualmente reside —como cadáver ahogado— en la ciudad de R'lyeh, y por lo que sé ninguna de estas es territorio de Estados Unidos. Creo que su oferta para la Casa Blanca ha llegado más lejos que la mayoría del resto de candidaturas imaginarias y durante mucho tiempo he pensado que el secreto de su éxito es lema de la campaña de Cthulhu: "¿Por qué conformarse con el mal menor"

La razón por la que esta consigna infaliblemente provoca la risa es que toda la retórica de la política presidencial en los Estados Unidos desde hace décadas se ha basado en la afirmación de que la marioneta de un partido no hará nada tan terrible como lo que quiere hacer la marioneta del otro partido, a pesar de que todos ellos proponen las mismas políticas y se compran y venden a los mismos intereses corruptos. Una y otra vez, nos han dicho que tenemos que votar por el candidato que logró la nominación, porque de lo contrario el otro nombrará a uno o dos jueces del Tribunal Supremo, le dará por entrar en otra guerra, o hará cualquier otra cosa mala. Toda sugerencia de que cabría esperar que un candidato hiciese algo positivo —que él o ella llegase, por ejemplo, a rechazar las políticas de ambos partidos que se han degradado el nivel de vida de la mayoría de los estadounidenses, que se preocupe de evitar el deterioro negligente de la infraestructura del país, que se renuncie a gigantescos programas corporativos sin valor como el avión de combate F-35, en favor de algo más útil o necesario— es inmediatamente rechazado por ser considerado “poco realista”.

Lo que las nuevas candidaturas de Trump y Sanders demuestran de manera concluyente, a su vez, es que la retórica mal menor y su fijación por la política "realista" ya han pasado de su fecha de caducidad. Hay muy buenas razones para ello. La búsqueda del mal menor significa que lo mejor que el pueblo estadounidense puede esperar es la continuación de la situación actual de las cosas, eso es lo que se obtiene, después de todo, si el único objetivo es conseguir que las cosas vayan a peor porque para la mayoría de los estadounidenses hoy en día, el estado actual de las cosas es insoportable. Los bajos salarios y los alquileres altísimos, un entorno legal que sistemáticamente niega hasta los derechos básicos a todos (excepto a las corporaciones y a los ricos), una economía manipulada para cargar cada vez mayores costos a las personas, mientras que canalizan todos los beneficios a los que ya tienen demasiado... La lista es infinita. A menos que usted pertenezca a las clases privilegiadas, la vida en los Estados Unidos de hoy en día se está volviendo intolerable, y las políticas "realistas" que ambas partes han perseguido con el mismo entusiasmo durante décadas son directamente responsables de lo que es intolerable.

Así, la razón por la que un gran y creciente número de estadounidenses comunes se niegan a aceptar una continuación, otro refrito, de la situación actual es que ya están entre la espada y la pared. Esa es una situación que aparece en la historia de todas las sociedades en algún momento dado. Para mí es una fuente de diversión irónica que Oswald Spengler ya predijo la situación que actualmente se hallan los Estados Unidos y el resto del mundo industrializado.

El análisis histórico de Spengler cubre una gran cantidad de territorio, pero el punto clave aparece al final del segundo volumen de “La decadencia de Occidente”, donde se esboza el futuro inmediato de lo que llamamos civilización industrial occidental y que él denominó la cultura fáustica. Su argumento era el modo en que las democracias mueren. Argumentó que la democracia sufre de una vulnerabilidad letal, que es que carece totalmente de defensa contra la influencia significativa del dinero. Como la mayoría de los ciudadanos están más interesados en su propio beneficio personal, a corto plazo, de lo que lo están en el destino a largo plazo de su nación, la democracia se convierte en una ficción educada

para plutocracia desde el momento en que los ricos encuentran la manera de comprar votos, una lección aprenden con sorprendente rapidez.

El problema con la plutocracia, a su vez, es que encarna la misma fijación en ventaja personal a corto plazo que le da su entrada al poder, ya que los únicos objetivos que guían a los ricos en su gobierno cada vez más cleptocrático son la riqueza personal y la gratificación inmediata. A pesar de los desvaríos de los economistas, simplemente es falso que lo que beneficia a los muy ricos beneficiará automáticamente al resto de la sociedad, de hecho es justo al contrario. En la ciega obsesión con el beneficio personal que hace moverse al sistema plutocrático, los plutócratas generalmente pierden la noción de la dura realidad de que el exceso de especulación puede causar el desmoronamiento de todo el sistema Así una democracia en sus años terminales se convertirá en una sociedad quebrada, en la que sólo el reducido círculo de los ricos y privilegiados obtiene algún beneficio tangible. A su debido tiempo, los excluidos de ese círculo buscarán otro liderazgo.

El resultado es lo que Spengler llama cesarismo: el surgimiento de líderes carismáticos que descubren que pueden hacerse con el poder desafiando a los plutócratas, ofreciendo a la mayoría excluida la última esperanza de que se mejorará su suerte. De vez en cuando, los líderes provienen de la propia plutocracia. Julio César, quien sugirió a Spengler el nombre del fenómeno, era un hombre muy rico de una familia senatorial llena de dinero, y no es el único ejemplo. En 1918, Spengler predijo que la primera ola de cesarismo en el mundo occidental estaba a punto de llegar, que luego sería derrotado por los plutócratas, y que seguirían otras ondas. Él tuvo toda la razón en los dos primeros augurios, y la campaña electoral actual sugiere que la tercera predicción va a ser tan exacta como las anteriores.

En cierto modo, la dubitativa campaña presidencial de Hillary Clinton es un microcosmos perfecto de lo que expresó Spengler en su frío análisis de la agonía de la democracia. Así, parece que las únicas políticas que los Estados Unidos pueden seguir son aquellas que han sido acuñadas desde el comienzo del nuevo milenio: más generosidad del gobierno para las corporaciones y para los ricos, más austeridad para todos los demás, el abandono perverso de la infraestructura nacional y del medio ambiente, más guerras en Oriente Medio, y más obtusa política de confrontación (realmente no hay manera más suave para describirlo), de los EE.UU. con la Federación Rusa, China, Irán, y otras naciones de menor tamaño, que pueden terminar convenciendo a sus líderes de que no tienen nada que ganar con un orden mundial centrado en Estados Unidos y nada que perder al desafiar a los EE.UU.

Estas políticas no han traído ninguna de las cosas buenas de sus promotores publicaron. Otros cuatro años con las mismas políticas no van a cambiar ese hecho. Cada votante estadounidense lo sabe, y lo mismo le ocurre a Hillary Clinton, por lo que centra su campaña de manera tan precisa en cualquier cosa menos en los temas que realmente preocupan a la mayoría de los votantes estadounidenses de hoy. Eso es lo que le da un salvaje ironía a la patética petición de Madeleine Albright para que las mujeres estadounidenses apoyen a Hillary Clinton a pesar de que, a efectos prácticos, se les está ofreciendo muy poco más de lo que recibieron de George W. Bush. Albright es la paradigmática voz de una plutocracia senil en su decadente camino, exigiendo a los demás una lealtad que no ha hecho absolutamente nada para ganarse.

Sospecho que vamos a ver mucha más ironía de la misma clasea medida que el desarrollo de campaña camine vacilante hacia su fin. No hay duda de Clinton y sus publicistas seguirán tratando de hacerla agradable para unos votantes que ya la conocen de sobra, gracias. Sin duda oiremos todo tipo de elogios sobre de lo buena persona que es, como si eso le importase un pimiento a las personas que saben que cuatro años más de las políticas que promueve bien pueden hacer que pierda su empleo y se convierta en un sin-techo. Por lo demás, ya están apareciendo en los medios de comunicación las superficiales declaraciones de que todo está bien, de que la economía está en auge, y de que el pueblo estadounidense es ahora más feliz de lo que lo ha sido en décadas. Sin duda, las cosas se ven de esa manera si uno vive en una burbuja de privilegios y tiene todo el cuidado de no salirse de ella, de no ver cómo vive el restante 80%; es cierto que si se cuentan las obscenas ganancias de los privilegiados y se promedian con toda la población, parece asomar una mejoría económica, pero esas ganancias no están siendo compartidos por toda la nación, y toda la sociedad lo sabe.

Para los conocedores de la ironía de la historia, sin duda el análisis de la campaña de Clinton dará para horas de entretenimiento, ya que trata la obvia táctica recurrente para conseguir que la máquina expendedora suelte el premio que Clinton anhela desesperadamente. Ninguno de esos bandazos en la campaña tendrá la menor importancia en un sentido amplio, porque Donald Trump y Bernie Sanders ya han demostrado que el rechazo del consenso dominante en los Estados Unidos es un billete hacia el éxito electoral. Es posible, de hecho creo que es muy probable, que Clinton conseguirá vencer a Sanders y obtener la nominación demócrata por las buenas o por las malas; lo que es mucho menos probable que ella sea capaz de superar Trump en la elección presidencial; pero incluso si lo consigue otros seguirán donde Trump y Sanders hayan fracasado, y tarde o temprano alguno de ellos triunfará.

Creo que la opción más probable es que la campaña de Clinton terminará con una aplastante derrota frente a Trump, y que el ocaso y la caída de Hillary Clinton también marcará el fin de la política fallida de consenso que ha dominado la política estadounidense durante décadas. Ese hecho por sí solo no garantiza la mejora; ninguna ley dicta que cualquier política que sustituya a la sabiduría convencional debe ser mejor. No obstante, las cosas van a cambiar, y es posible que al menos algunos de los cambios puedan eliminar algunas de las infames características de la era sombría que vivimos y que parece encontrarse ahora en el comienzo de su final.

****

Incluso los archidruidas necesitan un descanso de vez en cuando, y más teniendo en cuenta que hace dos años desde que me tomé las últimas vacaciones. Este será el último post en este blog hasta el 6 de abril ¡Nos veremos entonces!